

al fuego, junto con otros dos clérigos casi tan famosos como él entre los mártires de la apostasía. Los católicos no dejaron de tener parte en los sangrientos sacrificios de estas bodas bárbaras. Uno de ellos fue condenado á muerte, por haber sostenido la autoridad del Papa: otros tres por haber negado la supremacía del Rey, y el quinto simplemente por haber tenido correspondencia con el cardenal Pclo.

16. Este Príncipe, irritando así todos los partidos sin distincion, tuvo alguna inquietud, especialmente por sus provincias del norte, donde crecia el número de los descontentos: temia que el Rey de Escocia Jacobo V, fuertemente adicto á la santa Sede, suministrase socorros á los descontentos, y que este Príncipe, desairado en varias ocasiones, se coligase contra él con el Papa y el Emperador. Por esto hizo todos sus esfuerzos para ganarle y empeñarle en romper con la corte de Roma. No logró su intento, porque el Rey de Escocia tuvo la generosidad de rehusar una conferencia que el inglés le propuso, sin temer el rompimiento que esta negativa no dejó de ocasionar poco despues entre los dos reinos. Jacobo V quiso cerrar toda entrada al error en sus estados, persiguió á todos los novadores sin escepcion, y no perdonó ni aun al anciano preceptor del Príncipe, su hijo, Jorge Buchanan, buen historiador, buen poeta, y uno de los hombres de mayor ingenio de su siglo. Pero Buchanan habia tomado el gusto á las nuevas doctrinas en sus frecuentes viages, y en sus relaciones

habituales con los novadores celebrados por su elegancia. Sus violentas invectivas contra los frailes, le hicieron sospechoso, y fue preso por orden del Rey. Advertido por su propia conciencia del peligro que corria, huyó por la ventana de su prision, mientras que sus guardias dormian, y de este modo se libertó de la pena del fuego que sufrieron algunos otros sectarios presos con él. Deben causar poca admiracion despues de esto los cuentos calumniosos que se hallan en su historia de Escocia, sobre todo en cuanto á los hechos de los últimos tiempos (1). En todas las obras de Buchanan en general, cuando se trata del dogma y de la Iglesia, es preciso tener presente, segun el carácter con que le pinta Genebrardo (uno de los mas grandes prelados del mismo tiempo) que se leen las bufonadas é imposturas de un franciscano apóstata, de un truan desvergonzado, y de un poeta ateista.

17. Concluiremos lo que toca á Enrique VIII en el presente período. Su quinto matrimonio no le salió mejor que los precedentes. Cuando parecia mas contento con su nueva esposa, vino el arzobispo de Cantorberi á emponzoñar su alegría con la relacion que le hizo de las costumbres de esta su amada libertina. No solamente se la acusaba de haber tenido una vida disoluta antes de su matrimonio, sino de haberla continuado despues que era Reina. Denunciáronse los culpables, de los cuales uno habia entrado en la habitacion de la Princesa á las once de la noche, y

(1) *Spon. ad ann. 1539. n. 7.*

no habia salido de ella hasta las cuatro de la mañana. Otros dos estaban todavía mas positivamente sindicados de sostener un comercio torpe con ella. Produjeron diferentes testigos oculares, interrogaron á los culpables, que dijeron mas de lo que se queria saber; y la misma Reina confesó su falta de conducta antes del enlace, protestando sin embargo que siempre vivió bien despues que era esposa del Rey. Se juntó el parlamento, y en vista del informe de los comisionados, en que declararon estar las acusaciones suficientemente probadas, se pronunció sentencia capital contra la Reina y sus cómplices, la que fue despues confirmada por el Rey, y en fin egecutada en la plaza de la torre, donde Catalina fue degollada públicamente. Despues de Catalina Oward, Enrique tomó nuevamente por esposa á la intrépida Catalina Parri, viuda de Newil Latimer, muger de espíritu y de buena conducta, pero muy inclinada á las novedades en materia de religion, lo que faltó poco para esponerla á la misma suerte que tuvieron las muchas que la habian precedido en aquel trono resbaladizo. Sin embargo, como era muy suave, insinuante, llena de atenciones y de una flexibilidad de carácter que la hacia retroceder inmediatamente cuando se habia adelantado con exceso, aunque muchas veces vaciló en la orilla del precipicio, tuvo á lo menos la felicidad de ver morir al tirano antes que éste llegase á aquel punto de disgusto, en que todas las gracias y todo el arte de su sexo no hubieran podido salvarla.

18. No era solo en Inglaterra donde se multiplicaban los errores y los crímenes: en Alemania, donde los luteranos y anabaptistas, divididos en muchas sectas contrarias, no se concordaban mas que para combatir la fe católica, apenas se descubrian vestigios de la antigua religion. La Suiza, el Piamonte, la Saboya y todos los paises circunvecinos estaban inficionados de los errores de Zuinglio y OÉcolampadio, juntos á los de los valdenses. El contagio de Ginebra penetraba mas y mas cada dia en las provincias de Francia. No habia region, sin esceptuar la misma Italia, en que no se propagase el veneno, despues que Calvino le habia llevado á la corte de Ferrara. En tan tristes circunstancias conoció el Vicario de Jesucristo la necesidad que tenia la Iglesia de un socorro extraordinario. Supo al mismo tiempo que los discipulos de Igracio, empleados ya en las principales ciudades en virtud de una aprobacion verbal, renovaban por todas partes el primer espíritu del cristianismo. Dos de ellos en fuerza de las vivas instancias de Juan III, Rey de Portugal, se habian encaminado á este reino, de donde debian partir hasta las estremidades de las Indias, para estender allí el reino de Jesucristo. Sus trabajos, desde los primeros dias, les adquirieron en Lisboa el sobrenombre de apóstoles, que sus sucesores conservaron allí por largo tiempo; y se los tuvo por tan útiles, que los siervos de la fe creyeron hacer á los indios un sacrificio bastante generoso, dividiendo estos dos apóstoles entre la India y Portugal. En su consecuencia,

Simon Rodriguez fue retenido en este reino, y Francisco Javier partió para el oriente.

19. Sin embargo de la confirmacion ó aprobacion auténtica y solemne del nuevo instituto, experimentaba éste grandes dificultades (1). Paulo III, aunque inclinado á darle una existencia legal é inalterable, no quiso resolverse por sí mismo, y encargó á tres cardenales el exámen del instituto. El primero, llamado Bartolomé Guidiccioni, gran teólogo, gran caninista, y de tan distinguido mérito, que cuando murió dijo el Papa que su sucesor habia muerto antes que él, estaba tan poco propenso á las nuevas instituciones religiosas, que aconsejaba extinguir algunas de las antiguas, y reducirlas todas á cuatro. Declaró primero, que de cualquiera naturaleza que fuese el instituto de que se trataba, no debia aprobarle la Iglesia. Su autoridad llevó tras sí á los dos cólegas. Él mismo estuvo bastante tiempo sin dignarse de leer siquiera el memorial que se le habia remitido. Habiéndole en fin leído, sintió en sí una mudanza tan súbita, que él mismo quedó admirado, y no dudó que Dios fuese el autor. Repitió que su dictámen era siempre en general que no se debian instituir nuevas órdenes; pero añadió, que ésta que se le presentaba, le parecia necesaria para remediar los males urgentes de la cristiandad, especialmente para contener el curso de las heregias que se esparcian por toda la Europa. Los otros dos cardenales volvieron á conformarse con su dictámen, y el Sumo Pontífice, por una bula de 27

(1) *Bohu. l. 34.*

de Setiembre de 1540, aprobó esta nueva orden, bajo el título de instituto de clérigos regulares de la Compañía de Jesus. Les permitia por la misma bula hacer constituciones, conforme las juzgasen mas oportunas para su perfeccion particular, para la salud espiritual del prógimo y la gloria de Dios. Limitó sin embargo el número de profesos á sesenta, pero abolió esta restriccion dos años despues; y el interés del mundo cristiano, como lo declara en su segunda bula, fue el que le obligó á esta mudanza. El mismo año Paulo III aprobó tambien el hospital de huérfanos y de arrepentidas, fundado en Bérgamo por Gerónimo Emiliano, senador de Venecia, de una eminente piedad. En breve se edificaron otros muchos sobre este modelo; y el Papa, despues de haberles hecho elegir un superior, les concedió muchos privilegios.

In su go que el instituto de la Compañía de Jesus tuvo la confirmacion de la santa Sede, eligieron por superior general al santo fundador, á pesar de cuánta resistencia pudo hacer su modestia; despues de lo cual hicieron los primeros jesuitas, junto con su maestro, la profesion solemne. Además de los votos ordinarios de pobreza, de castidad y de obediencia, prometieron obedecer especialmente al Sumo Pontífice con respecto á las misiones, y enseñar á los niños la doctrina cristiana. Ignacio dispuso poco despues las constituciones de su compañía, siguiendo el espíritu de la bula que la confirmaba.

20. Como tenia por fin, no solamente vacar á la salud y á la perfeccion de su alma, sino emplear

además todas sus fuerzas en procurar la salvacion y adelantamientos espirituales del prógimo, escogió entre los egercicios de la vida contemplativa y activa lo mejor de una y otra, y se esforzó á unirlos de tal manera que en vez de perjudicarse se ayudasen mutuamente. Tomó de la primera la oracion mental, el exámen frecuente de conciencia, el uso habitual de los egercicios, la lectura de las santas Escrituras, la frecuencia de los sacramentos, el silencio y el recogimiento, el egercicio de la presencia de Dios, en una palabra, todas las prácticas mas propias para formar el hombre interior. De la vida activa ó apostólica tomó los sermones ó las exhortaciones, la catequesis ó instrucciones en la doctrina cristiana, las misiones á los fieles, la controversia con los hereges, las conferencias devotas con las gentes del mundo, la visita de los hospitales y de las cárceles, la direccion de las conciencias, y muy particularmente la instruccion de la juventud, como medio el mas eficaz para restablecer las costumbres, haciendo suceder una generacion pura á las ya corrompidas por la desgracia de los tiempos, y endurecidas por una larga série de hábitos viciosos. A fin de atraer el mayor concurso á las escuelas de la compañía, estableció que con las reglas de la piedad se enseñarian en ellas gratuitamente las ciencias conocidas.

Debiendo de esta suerte tratar con todo género de personas, y aun muchas veces con los impíos y hereges, para quienes el hábito religioso era un objeto de burla, no señaló otro vestido á sus religiosos que

el de los eclesiásticos, pues en substancia no eran mas que unos sacerdotes ó clérigos regulares. Ordenó solemnemente que el hábito fuese honesto, segun el estilo del pais, pero enteramente conforme á la modestia religiosa. En todo lo demás eligió del mismo modo una vida comun, segun el modelo de la de Jesucristo. La habitacion, los muebles, la comida, todo fue arreglado, como el vestido, por las leyes de la decencia, no menos que las de la modestia. El principio que habia dirigido á Ignacio en el arreglo de estas cosas exteriores, le determinó igualmente á no prescribir austeridad alguna de obligacion. Por otra parte consideraba prudentemente, que cuando las mortificaciones son constitucionales, es preciso recurrir á la dispensa en favor de muchas personas; y que la dispensa, por legitima que sea, perjudica casi siempre á la regla. Conocia tambien que muchas prácticas santamente establecidas en varias órdenes, podian ser obstáculos á las funciones apostólicas de la suya. Por esto, exhortando á las austeridades, de las que no impone una obligacion precisa y general, quiere que el superior sea árbitro de todo lo que practiquen los súbditos, y que haga guardar un prudente medio entre la relajacion que daña al alma, y el fervor indiscreto que arruina la salud. Con la misma discrecion no sujeta á sus discípulos al coro, cuyo egercicio le parecia incompatible con los empleos de su instituto: lo que tambien hubiera obligado á recurrir infinitas veces á las dispensas necesarias, pues que en las órdenes mas regulares, no se cree debérselas

negar á los maestros en teología, á los predicadores y misioneros. Tenia por egemplares las órdenes militares, y aquellas que están consagradas á las obras de misericordia, cuyos profesores son verdaderos religiosos, aunque exentos del coro.

Unas funciones tan relevantes y delicadas como las del apostolado, exigian el mayor acierto en elegir los sugetos destinados á egercerlas. Ignacio señala con precision las cualidades principales que deben tener, como son, un buen natural y un aspecto honesto, buenas prendas intelectuales, salud robusta, y un nacimiento de cierto orden, como propio para sostener los intereses de la Iglesia, pero quiere que éste se junte con los talentos y la virtud: fuera de este caso en nada estima la nobleza, como ni todas las ventajas de la fortuna. Escluye á los que habiendo nacido en la verdadera religion, hubiesen abjurado la fe entre los infieles, ó tenido públicamente opiniones heréticas, y tambien á las gentes infames, convencidas de delitos enormes, ó nacidas de trato ilegítimo: las personas sujetas á errores de juicio, ó á debilidades de espíritu; y aun á aquellos que hubiesen llevado el hábito monástico, como sospechosos de inconstancia, ó motivadores de escarnio. Quiere además que se examinen cuidadosamente las disposiciones y la vocacion de los sugetos, y si alguno de la compañía los hubiese atraído á ella, aunque con intencion recta, dispone que se les haga deliberar de nuevo delante de Dios durante un tiempo razonable. Se les debe proponer todo lo mas

penoso que encierra la vida religiosa, y preguntarles con particularidad, si consienten en que los que sepan sus defectos, por otro medio que el de la confesion, los adviertan al superior á fin de que los corrija.

Hecha la eleccion de personas, se debe probar su virtud y perfeccionar su talento de la manera siguiente: antes de darles el hábito, se les manda hacer los egercicios espirituales: despues entran en el noviciado, que es de dos años, no habiéndose juzgado suficiente uno solo para disponerlos á una vida enteramente apostólica, y que necesita de un fondo muy grande de virtud. Durante el noviciado, no deben hacer estudio alguno, á escepcion de algun egercicio para la memoria, porque ésta se perderia por falta de cultivarla; pero servirán en los hospitales, y enseñarán la doctrina cristiana á los niños, para acostumbrarlos desde luego á estas primeras obras del apostolado; y para acostumbrarlos asimismo á todo el rigor de la pobreza apostólica, harán una peregrinacion á pie, sin otro medio de subsistencia que la limosna. Despues de esta primera provision de virtudes, es preciso adquirir las ciencias, que no son menos necesarias á las funciones evangélicas. Las lenguas sábias, las bellas letras, la filosofia, la teología, la Escritura santa, la historia eclesiástica y todo lo que puede servir á los progresos de la religion, es propio de esta orden ilustrada, aunque atendiendo á la edad y al talento de cada uno; de suerte, que los espíritus capaces de todo, sean egercitados en

todas las ciencias, y que los que no tienen un talento universal, brillen á lo menos en alguna. Conviene sin embargo estudiar con orden, y no se pasará de una ciencia á otra, sin poseer bien antes la primera, y sin haber sufrido un exámen riguroso que impida el que la confusion y el orgullo pasen por una verdadera capacidad. La falta de método que Ignacio, entregado á sí solo en el curso de sus estudios, habia observado en ello, deteniendo largo tiempo sus progresos, le hicieron tomar sus precauciones. Acordándose tambien de los inconvenientes de una caridad y de una devocion mal entendida, ordenó que los cursantes de su compañía no serian empleados fuera de casa, que seria determinado el tiempo de sus oraciones, y que hasta el fin de sus estudios no recibirian las órdenes que obligan al rezo del oficio.

Puso asimismo el mayor cuidado en la salud corporal de los jóvenes: ordenó que fuesen moderados en la aplicacion, que no estudiasen en las horas del sueño, ni aun durante el dia en horas incómodas; y lo que parecia bastante extraordinario en un estado del todo dedicado á las ciencias, que no continuasen en su trabajo mas de dos horas seguidas, ó sin alguna interrupcion. Estableció en su favor dias de recreo, y les procuró casas de campo donde pudiesen respirar un dia en la semana el aire libre, y desahogar el espíritu. Aunque amante de la pobreza absoluta del Evangelio, no creyó deber obligar á los estudiantes á vivir de limosnas, y quiso que sus colegios tuviesen rentas seguras.

Pero temiendo que el estudio ahuyentase ó debilitase poco á poco la devocion, prescribió diferentes prácticas para mantenerla. Las principales consisten en acercarse á los sacramentos todos los dias de fiesta, en examinar su conciencia dos veces al dia, en hacer todos los años los egercicios espirituales, en renovar sus votos dos veces al año, despues de haber tenido tres dias de retiro y un exámen general del estado de su conciencia. En fin, el curso de los estudios se terminaba por una práctica tan útil como extraordinaria; es decir, por un tercer año de noviciado hecho en una edad provecta, y con todas las ventajas que debia esperarse de una madurez confirmada por tantas pruebas.

La intencion de Ignacio era formar hombres eminentes en ciencia y en virtud, y nada omitió para llegar á un fin tan sublime. Comprendió sin embargo que no todo lo que se dirige á la perfeccion llega á ella, y al mismo tiempo que lo que no es perfecto no deja de ser útil, y que aun la medianía, cuando es bien manejada, puede servir para grandes cosas. Previendo, pues, que en el gran número de sus súbditos, algunos faltos de talentos naturales ó de cualidades adquiridas, no llegarían al colmo de perfeccion que requería su instituto, estableció en la sociedad dos grados diferentes, uno de profesos y otro de coadjutores. Estos hacían en público los votos de pobreza, de castidad y obediencia; y aquellos, además de la profesion, no solo pública, sino solemne, de los mismos votos, prometían tambien una obediencia